

La constante transformación del todo

Programa “Jarabe de Risas”
SaludArte - Casmu

Por Federico Jano



Como decía Forrest Gump: “La vida es como una caja de bombones, nunca sabes lo que te va a tocar...” Y con esa máxima es que entramos al hospital, nos entregamos a la incertidumbre de no saber con qué nos vamos a encontrar. En cada intervención, descubrimos nuevas herramientas y re-descubrimos otras a través del juego. Encontrar en un termómetro de plástico grande, una varita mágica, una espada, un bate de baseball, un micrófono y así, infinitas posibilidades. Todas ellas creadas a partir del intercambio, la interacción y la disposición a jugar.

Cada niño y niña ve de forma distinta su partida del hospital. En el caso de Santi, fue una despedida a puro juego, acompañado por el padre, quien también fue parte de las dinámicas improvisadas. Ambos estaban aguardando en el sillón de la sala de espera el momento de irse, ya tenían casi todo listo para su partida. Al instante en el que Tennessee (Tamara Zanetti) y yo, Salvatore, nos encontramos con Santi a través de la mirada y la sonrisa, comenzamos a saludarnos con la mano, y entre tanto, nos fuimos acercando. Había permiso para jugar. En el mundo de Santi nos encontramos con el Rey Santi, y como Salvatore llevaba una espada consigo, no quería dejar pasar la oportunidad de ser el nombrado caballero. El Rey me preguntó que quería ser, a lo que Santi respondió: “Caballero de los caballos...grandes” Y efectivamente, el Rey Santi lo hizo caballero, dándole dos golpes en el hombro. Y como su padre estaba al lado, Salvatore le preguntó a Santi: “¿Y tu padre qué es?”, a lo que respondió: “Un superhéroe...fuerte”. Luego cambiaron los roles. Esta vez fue Salvatore quién nombró a su padre con dos golpecitos en los hombros. Por un instante, fuimos caballeros, reyes y superhéroes. Así es más divertido irse del sanatorio.

Luego nos encontramos con María, una adolescente de 14 años que sufría de depresión. Entramos en la habitación en el momento en que ella salía del baño y se preparaba para darse una ducha caliente, solo faltaba ir a buscar la toalla. Y como habíamos interrumpido ese momento, que mejor que darle nosotros un baño...de burbujas. Los materiales, los burbujeros en este caso, tienden a mutar, a transformarse y adaptarse a cada nueva situación. Sentada en su cama, con los ojos cerrados, entregada al frágil golpe de una pompa de jabón, María se permitió recibir en esa infinitud del momento presente un baño de colores y la posibilidad de pedir un deseo. Claro, los baños de burbujas vienen acompañados de deseos. En ese momento, entró su madre con una bolsa de galletitas, bizcochos y otras cosas ricas. Y claro, ella también tenía deseos para pedir y aprovechamos a darle la oportunidad de hacerlo. Salimos de esa habitación más livianos, como una burbuja que va cayendo lentamente hasta desaparecer para nunca más volver. Porque cada burbuja es única e irrepetible, existe para dejar de existir.

Mi primera maestra de Clown dijo una vez: “Ponerse la nariz para recordar” Y eso es lo que buscamos generar en “Jarabe de risas”, el programa de arte hospitalario de la Fundación SaludArte. “Recordar” viene del latín “re-cordis” que quiere decir: “Volver a pasar por el corazón”. Es el volver a ese estado de juego en el cual no juzgamos nuestro accionar y nos permitimos ser en nuestra esencia, sin máscaras, usando el Clown como medio para hacerlo.

Cuando una silla de ruedas con un tanque de oxígeno se transforma en un auto con turbo incluido, no queda otra opción que subirse. El payaso sanatorial tiene permisos que otros mortales no tienen. Minutos antes, Diego era llevado por su madre a su habitación en esa misma silla. Y nos reconocimos, nos recordamos en el juego que habíamos jugado en otro momento. Fue como retomar una amistad de muchos años, no son necesarias las presentaciones. Diego era un camarógrafo, Tennessee una sonidista, Salvatore un comentarista (usando un termómetro grande como micrófono) y su mamá una saltadora profesional de cámara lenta. Descubrimos en un torpe tropiezo con una escalerita de dos escalones, un mundo de competencias mundiales de salto. En ese mundo, Tennessee, Salvatore y la mamá de Diego eran profesionales excepcionales de esa disciplina.

Cuando parecía que era momento de irse, nos encontramos con la silla que había usado Diego al llegar. Salvatore encontró en ella una nueva forma de viajar a través de los pasillos la sala de Pediatría del Casmu. Descubrimos en una acompañante una chofer excepcional que llevaba al payaso de un lugar a otro. Y como nos re-descubrimos en el juego, otra joven que estaba allí presente tenía en sus ojos esas irresistibles ganas de subirse a ese auto con turbo. Nuevamente, los roles cambiaron, Salvatore fue un chofer de una joven que se animó a jugar transitando los obstáculos propios de un hospital, dos carritos de limpieza que estaban dispuestos en los pasillos.

Estas son partes de las vivencias que experimentamos en una sala de internación pediátrica. A partir de ellas buscamos construir y compartir un relato que permita, mediante la palabra, ubicarnos en ese mágico presente.